

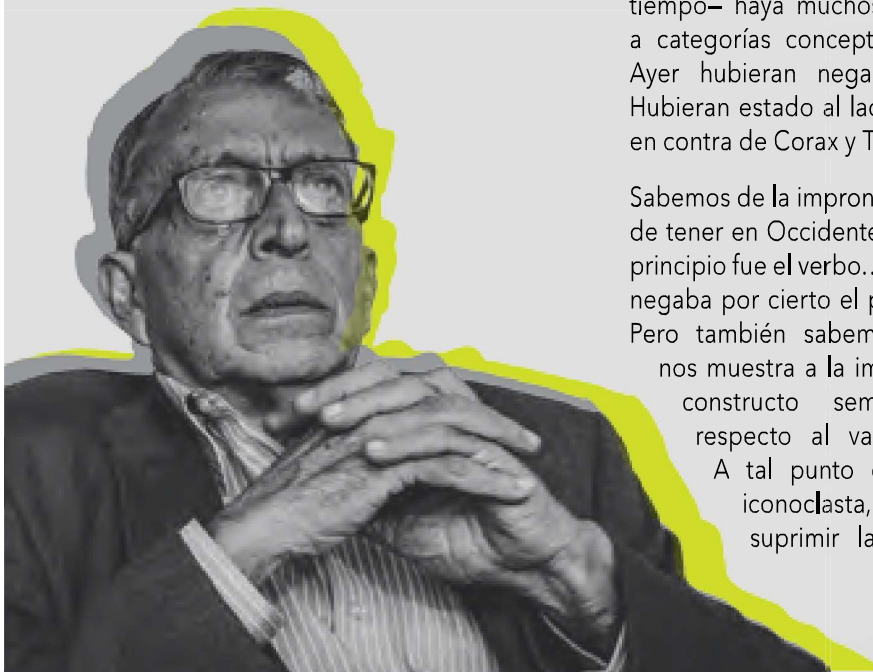
EDUARDO

ZAPATA

LINGÜISTA Y SEMIÓLOGO

Ha ocurrido en la historia. A veces por inercia cultural o por perpetuar poderes fácticos o imaginarios, adherimos a categorías conceptuales de veras paralizantes.

Como profesor de semiótica en diversas universidades y tiempos, he sentido siempre como una falta de respeto la categoría y el status de minusvalía que se le confiere a la palabra frente a la imagen. Siempre me ha rebelado (por tratarse de una falsedad científica y una falta de consideración hacia el estudiante que habrá de vérselas con imágenes en su vida profesional) que en el mejor de los casos se considerase a la imagen como un instrumento sin identidad y naturaleza propias y –lo que es peor– incapaz de producir abstracción.



Aludíamos en un principio a la adhesión a conceptos paralizantes a lo largo de la historia. Que no perturbasen nuestra zona de confort. Y solamente a modo de ejemplo convendría decir que la propia democracia –que surgía con las voces de Corax y Tisias en Siracusa, dominio helénico, siglo V a.c.– resultó en su momento un acto herético. Ellos se rebelaban contra tiranos que adoraban las voces únicas y cultivaban lo que los griegos llamaban discursos de re-uso, aquellos destinados a convalidar el orden existente; laudatorios de él. Pues bien, la democracia no era un discurso de aquellos. Era más bien un discurso subversivo al que hoy –por supuesto– adherimos.

Curioso que actualmente –transcurrido tiempo– haya muchos que adhieran aún a categorías conceptuales anquilosadas. Ayer hubieran negado la democracia. Hubieran estado al lado de la dictadura y en contra de Corax y Tisias.

Sabemos de la impronta cultural que hubo de tener en Occidente la expresión “En el principio fue el verbo...”. Esta expresión no negaba por cierto el poder de la imagen. Pero también sabemos que la historia nos muestra a la imagen casi como un constructo semántico subversivo respecto al valor de la palabra.

A tal punto que el movimiento iconoclasta, aquel que pretendía suprimir las imágenes en lo

sagrado, en el fondo pretendía preservar el valor de la palabra como vector único del devenir humano.

A lo más –y durante toda la Edad Media– las imágenes fueron consideradas como instrumentos de placer y adorno, como ancilaridades de la palabra. Pero nos era difícil –y lo es aún, para algunos– conferirles un valor cognitivo autónomo, producto y actividad que implica complicados procesos de abstracción.

Sin embargo, modernos iconoclastas perpetúan sin disimulo esa concepción de establecer una peligrosa sinonimia entre el auge actual de la imagen en Occidente con una supuesta decadencia de toda la cultura occidental.

¿No es acaso cierto que el proceso de abstracción exigido tanto por la codificación como por la decodificación de la palabra perro es altamente menor que aquel que se activa ante el reto de tener que vérselas con la comprensión de un logotipo codificado o consumido a partir de aquella palabra? Y no estamos hablando de la abstracción de un Leonardo, un Monet o un Renoir.

¿Acaso no sería más enriquecedor para la formación del estudiante una literatura sin autores? ¿Una que les exija enfrentarse al “disfrute del conocimiento de la materia prima” del texto, la palabra, sin referencia a un autor? ¿No sería esta una manifestación de fe en el verdadero poder hacedor de la palabra frente a quienes abdicar del real disfrute solo en aras de la posición y fama de la que puedan gozar los autores? Un entremés para pensarlo y dimensionarlo en clase.



Más allá de estas disquisiciones y recuentos históricos y experiencias de aula, vayamos a la semiosis cultural de nuestros tiempos electrónicos. Ella nos habla del poder de la imagen y nos subraya que no son las técnicas, ni los artilugios los que capturan las imágenes para siempre. Es el ojo humano el que con su poder de abstracción –cegado un tiempo por la sinonimia abstracción=verbalización– es capaz de revelar el talento del hacedor de arte visual y de convocarnos hacia él. Hemos vuelto a ver. ●